

« el orden moral que se produce en el ideal de la razon, y en « la realidad de los hechos (1). »

Pero todo eso no es mas que volcar toda nocion de Dios, ó en otros términos, el ateísmo del modo mas formal, mas explícito.

Esas extrañas palabras de *generacion, emanacion, limitacion, animacion, produccion, análisis, metamórfosis, desmembramiento* de la misma naturaleza divina, una, inmutable, é indivisible, son contradicciones en los términos y en las cosas; son asertos palpablemente absurdos; palabras que carecen de todo sentido real, plausible, aceptable para la razon y el sentido recto; artificios tan necios como impíos con que se acicala el ateísmo para disfrazar á los ojos de los mentecatos su espantosa diformidad, y expeler á Dios sin ruido del espíritu y corazón del hombre y de todas las instituciones de la sociedad.

Así, desde que se puso la razon filosófica, en oposicion á la razon calólica, negando que *Dios, en virtud de su poder, sacó el mundo de la nada*, se vió arrastrada y adherente al ateísmo. Todo sistema panteístico es necesariamente ateo; y el nombre augusto de Dios en la boca y pluma de los panteístas, no tiene mas objeto que el ilusionar á los pueblos.

En efecto, decir que Dios es todo y en todo está, equivale á decir que no está en parte alguna, y que nada es.

25. Tal es el primer resultado del error panteístico: el ateísmo; pero hay otro.

Escrito está con tanta rectitud como verdad: Spinoza denomina « *ÉTICA* la obra en la cual establece su sistema sobre la « *NATURALEZA DE DIOS*. Este título corresponde á su designio, « pues la nocion de las ideas morales se halla intimamente « ligada á la idea de Dios » (el abate de Flotte SPINOSA, p. 12).

Y en efecto, como Spinoza destruye enteramente á Dios en su sistema sobre la naturaleza de Dios, obligado se vió igual-

(1) Consta que, para probar á sus oyentes que Dios es un ser de razon, una creacion de la razon, un dia este mismo profesor, con un tono en el cual el delirio igualaba el cinismo de la impiedad, y empezando por estas palabras: « Hoy vamos á eriar á Dios, » se puso á explicar como, segun su razon, la razon humana inventó á Dios. ¡Grande y sublime descubrimiento! ¡preciosa enseñanza sobre todo para la juventud!

mente de demoler *toda ley moral cuya nocion se halla intimamente ligada con la idea de Dios*; pues Spinoza, habiendo descaradamente proclamado la imposibilidad en que se halla el hombre de tener un ánimo recto, un corazón puro y un alma casta (1), y advertido á este mismo hombre que la verdadera filosofia consiste en olvidar la muerte y ocuparse únicamente de la vida (2), no hizo mas que resucitar la moral de Epicuro; y su ciencia de los deberes no es mas que el desprecio de todos estos mismos deberes.

No es mayor la severidad, no es mayor el escrúpulo de los panteístas de nuestros dias en materia de moral. Despues de haberse burlado de Dios, debian burlarse de todo deber; y así lo han hecho.

« La ley moral, nos dice Fichte, estriba tan solo en el respeto del derecho ajeno; pero esta ley quien la impone es « el yo humano. » Y por consiguiente, los deberes que resultan son tan inconstantes y tan arbitrarios como los intereses y antojos del yo mismo.

¿Qué estais diciendo de moral, replica Schelling? no hay ninguna. « La verdadera moral es la tendencia al absoluto. Y, como cada uno tiene su manera peculiar de tender al absoluto, cada uno debe tener su manera propia de vivir ó su moral; lo que, en otros términos, significa que cada uno debe vivir segun sus inclinaciones, sus pasiones, y sus caprichos. »

Hay mas: si todo es Dios, y Dios está en todo, operando en todo, como la sustancia única que sola tiene la realidad y actividad del Ser y de toda operacion que emana en consecuencia (*operatio sequitur esse*), el hombre es el instrumento ciego, pasivo de las operaciones de Dios, y no es dueño de sus propias operaciones. Dios es el que hace todo en el hombre y por el hombre; y el hombre no es mas que una máquina, un juguete que sirve para las diferentes manifestaciones de la naturaleza de Dios. Y siendo estas manifestaciones del ser determinadas en Dios por un impulso íntimo, necesario, irresistible de su naturaleza, mas que por actos de voluntad; si-

(1) « In nostra protestate non magis est mentem quam corpus sanum habere (Epist. 25.). »

(2) « Homo liber de nulla re minus quam de morte cogitat, et ejus sapientia non mortis, sed vite meditatio est. (Ethica, p. IV, prop. 67.). »

guese que con mayor motivo no son actos libres en el hombre sus manifestaciones, El hombre — así como lo ha dicho siempre la razón panteística — no es un ser libre; su voluntad y sus actos carecen de todo carácter bueno ó malo; y todas sus operaciones son movimientos indiferentes de la naturaleza divina que en él y por él abra. Luego no hay justicia ni injusticia, ni derecho ni ley, ni crimen ni virtud.

Añádase que por el hecho mismo que el ser infinito es el que solo opera en el ser finito en que se halla, no solamente el ser del hombre es divino, sino también todas sus operaciones. Por consiguiente, no hay torpeza, no hay infamia en el hombre que no sea movimiento, juego de la sustancia divina que se revela de maneras diversas. Dios es el que se divierte en el hombre, como igualmente en los animales y en las plantas. Pero semejante doctrina es la consagración, la deificación de todos los excesos del sensualismo, del apetito, del orgullo, del odio, de todos los crímenes, de todas las maldades, de todas las pasiones.

Y no os figureis, hermanos míos, que tan horribles consecuencias de la doctrina panteística con respeto á la moral hayan permanecido al estado de especulación. Por do quier han sido acogidas estas doctrinas, no han tardado en pasar de la teoría á la práctica tales consecuencias morales, de la enseñanza á las costumbres, de la escuela al templo, de la familia al estado.

Véanse los Induanos: clavados, petrificados hace millares de años en una inmovilidad completa con respeto á la inteligencia; ajenos de toda mejora, de todo progreso, sin haber dado un paso en la senda de la ciencia y de la civilización, ofrecen el ejemplo de un gran pueblo degradado, entregado al exceso del libertinaje, á todas las patrañas de la superstición, á todos los horrores de la barbarie. Todo esto es horroroso: pero nada tiene de extraño en un país cuya filosofía y religión es el panteísmo, y en el cual, por consiguiente, pesa la doctrina de una ciega fatalidad, con ferrea mano, immobilizando todos los ánimos en las abominaciones del politeísmo y la idolatría. Acordaos de los antiguos gnósticos; nunca vió el mundo secta religiosa ó filosófica mas licenciosa é impúdica en sus costumbres, en términos de confundir y hacer correr á los mismos

epicúreos. Pero este efecto fácilmente se explica: los epicúreos prescindían de todo Dios, de toda ley, de toda moral, y eran consecuentes al considerar como indiferentes las acciones mas vergonzosas. Al contrario, los gnósticos, como eran panteístas de la escuela neoplatónica, panteístas los cuales como lo observa San Agustín, creían que el Dios que en todo existe y de un modo particular en el hombre, se desprende y se vuelve mas libre, mas independiente, mas perfecto por las *obscenidades del hombre*, y persuadidos que lo que al hombre aja á Dios purifica, habían dado al crimen una consagración religiosa. Todo vicio, en el concepto de estos sectarios, era una virtud; toda acción, por mas abominable, un acto de latria, como es fácil convencerse por la oración sacrilega pronunciada por las mujeres antes de entregarse á los placeres sensuales, que nos ha conservado San Ireneo. Tal era igualmente el origen de esas espantosas doctrinas características de esta secta, de la magia, teurgia, holocaustos sangrientos de niños, y atentados contra la naturaleza; pues ¿de qué no es capaz el hombre cuyas pasiones son alentadas al crimen por la religión.

Algo de semejante hemos visto en nuestros dias con respeto á los san-simonianos. La razón filosófica antigua buscaba al hombre, *hominem quero*; la razón filosófica de nuestros falansterianos busca la *mujer*; segun dicen es para volverla *libre*; y en realidad es para degradarla, para convertirla en presa, en ignoble instrumento de placer al uso del primero que la pretenda; pues solo por el vínculo indisoluble del matrimonio y la custodia del pudor, puede ser una mujer verdaderamente libre, ocupar en realidad el puesto que le conviene en la familia, en una palabra ser un ente noble, elevado, digno de respeto. El falansterio no pasa de una guarida de prostitución salvaje, ó de un corral en que agitanse torpemente seres con humanas formas, que se arrojan y se ceban lubricamente sobre las mujeres, dejándolas abandonadas á la vergüenza y á la desesperación cuando los años ó las dolencias habrán desfigurado su rostro, marchitado su frescura, ó borrado su belleza. En el falansterio no hay mas ley que el instinto, mas objeto que el placer, mas estudio que la *armonía*, mas satisfacción que las pasiones. Los falansterianos son los *gnósticos*, los *adamitas*

del siglo décimo-nono. Ambos admiten las mismas prácticas intituladas religiosas, ambas afectan la misma avilantez, la misma impudencia en las costumbres. Pero también idéntico es el fondo de las creencias. Los san-simonianos son panteístas, que, no contentos con haber encerrado á Dios en el hombre, consideran á Dios como el ser más miserable, más perverso que el hombre mismo, provisto de *doce* pasiones, mientras que el hombre no tiene más de *siete*. El san-simonismo que, si bien caído como secta, permanece aun en acto desgraciadamente como doctrina, no es más que la religión, la moral del panteísmo, el panteísmo traducido en práctica, erigido en regla de conducta del hombre y ley del estado. Y quiérase así ó no se quiera, toda filosofía panteística, con respeto á las doctrinas, es y será siempre una filosofía gnóstica, una filosofía falansteriana con respeto á las costumbres, una filosofía destructiva de toda ley moral y de toda sociedad (1): Así pues el panteísmo es el naufragio de toda virtud; y añadir conviene que su último resultado es también el naufragio de toda certidumbre y toda verdad.

Acabamos de probar, por las declaraciones de los mismos panteístas, que la doctrina fundamental del panteísmo, la doctrina de la *única sustancia real, de la sustancia divina no criada, eterna é infinita, que sacó el mundo de sí misma*, acarrea necesariamente la negación de toda sustancia criada, temporal, finita, y que el panteísmo es el idealismo más trascendente, el idealismo á su más alta potencia, á su última expresión. ¿Cómo sucede pues que el hombre y el género humano entero han creído siempre y siempre creen que todos los seres visibles, que poseen una existencia ó una manera de

(1) Por lo que concierne á la política, el panteísmo es la doctrina que entrega la sociedad al arbitrario y al despotismo de los gobiernos. En estos últimos tiempos, Spinoza, juntamente con Hobbes, proclamó el derecho de los soberanos de juzgar *del valor de las acciones*, y la necesidad de confiarles exclusivamente el cuidado de decidir de lo justo y lo injusto: « Bien se ve, dice, cuanto importa confiar al soberano el derecho de decidir de lo justo ó *injusto*, y de juzgar *del valor moral de las acciones*. » En nuestros días, el señor Lherminier ha vituperado con sobrada razón á Hegel, cuyas doctrinas panteístas tienden, por su naturaleza, á absorber el individuo en el Estado, y á dar á este una fuerza y derechos ilimitados; y este achaque que revela la elevación intelectual, la rectitud de juicio, y la hombría de bien del señor Lherminier, nos explica las dichas modificaciones que ha operado en sus opiniones filosóficas.

ser que le es propia, son también sustancias, son también realidades? Este efecto debe atribuirse, dice la razón panteística antigua ó moderna, á que todo hombre y la humanidad entera se hallan en un estado de sueño en esta tierra, asaltados por mil ensueños é ilusiones; que el mundo es una linterna mágica en que creemos ver como existente lo que en realidad no existe, y de un modo lo que es de otro; y todos los seres que nos rodean son fenómenos sin sustancia, fantasmas sin realidad.

Pero si todo el hombre y la humanidad entera se engañan de un modo tan deplorable, al creer de un modo invencible en la realidad de la sustancia de los seres invisibles; nada nos asegura, nada puede asegurarnos que tampoco se engañen el hombre y la humanidad entera al admitir la realidad de los seres invisibles. Si el mundo sensible no pasa de una ilusión inmensa, nada nos garantiza, nada puede garantizarnos que tampoco deje de ser el mundo intelectual una ilusión igualmente, y una ilusión mayor. Al negar pues la existencia, la realidad de la materia, es forzosamente lógico negar asimismo la existencia, la realidad del espíritu. Al negar todas las propiedades de los cuerpos, es necesario negar todas las facultades, todas las operaciones de la inteligencia; y, en este caso, las ideas de verdad y error, de sustancia y de accidentes, de esencia y relaciones, de actividad y pasividad, de causa y efectos, de unidad y multiplicidad, de conciencia y razón, así como las ideas de Dios y del alma, de lo justo é injusto, no pasan de ilusiones y juegos de una fuerza interior, no se sabe cual, que reside en nosotros, sin que nada de serio arguya su presencia; de palabras sin significado, de concepciones sin importancia. Así es necesario dudar de todo, aun hasta de la razón, y tales son cabalmente las consecuencias que sacó de las doctrinas del panteísmo la lógica del error, tan desapiadada, tan inexorable como la lógica de la verdad.

Quiriendo Kant volverlo todo *racional* á su manera, explicarlo todo por la razón, someterlo todo á la razón, había demolido toda comunicación sobrenatural entre Dios y el hombre; pero, á lo menos había conservado la realidad del *objeto* y del *sujeto*, esto es, la realidad de las cosas que vemos, que concebimos, así como la realidad de los sentidos que las ven

y del espíritu que las concibe. Pero empujado al panteísmo por el racionalismo de Kant, Fichte, mas lógico que su maestro, prescindió del *objeto* y solo conservó el *sujeto*, negando la realidad, la existencia de todos los objetos fuera del hombre, y admitiendo tan solo el sujeto, el espíritu del hombre como realmente existente. De este modo volcó completamente el mundo exterior, y solo atribuyó una existencia real al yo. Según Fichte, « el pensamiento es el que todo lo hace, el que crea, el que realiza en sí todos esos fenómenos que considera « como seres reales existentes fuera de sí mismo. La verdad « pura solo existe en la *objetividad absoluta*. Y esta proposición el YO ES IGUAL AL YO, es la sola proposición cierta, y la « fuente de toda certidumbre y toda realidad. »

Pero los términos de *sujeto* y *objeto* son términos correlativos. No se puede negar uno y dejar subsistir el otro, pues ambos reposan en la misma intuición, en la misma evidencia. Por consiguiente, una vez borrado el *objeto*, era también necesario borrar el *sujeto*. Tal fue lo que emprendió Schelling, mas lógico que Fichte, como este lo había sido mas que Kant; y, en su *filosofía de la naturaleza*, negó tanto la *objetividad* como la *subjetividad*: « Nuestras ideas, dice, son tan embusteras é ilusorias como los objetos que nos representan. Todo lo que en el universo existe, solo tiene una apariencia « de ser, y es vanidad, es nada. » Nuestro espíritu mismo es un *sujeto* tampoco real como los objetos que cree concebir, y no es menos fantástico que todo lo demás. Hay tal vez, añade Hegel, una realidad eterna, inmutable, la del ABSOLUTO ó de la RAZON PURA. Pero no se puede saber suficientemente ni lo que es, ni donde está. Lo solo cierto es que de nada se puede estar cierto, ni aun siquiera de la propia existencia, de la propia realidad, del propio ser.

Así una vez admitido el panteísmo, desaparece, como ya lo hemos visto, toda *contingencia*, y de ahí el *fatalismo*; toda *personalidad humana*, y de ahí el *nihilismo del hombre después de la muerte*; todo progreso científico, y de ahí el *idiotismo*; toda unidad de Dios, y ahí el *politeísmo*: toda *noción de Dios*, y de ahí el *ateísmo*; toda moral, y de ahí el *cinismo*; toda realidad, y de ahí el *idealismo*. Y, como si todo esto fuese poco á nada, una vez admitido el panteísmo,

desaparece toda certidumbre y toda verdad; y de ahí el *escepticismo* mas completo, mas absoluto, mas desesperante. De modo que el *panteísmo*, procedente del *racionalismo*, es la muerte de toda idea, de toda creencia, de toda razón. Es la razón que, después de haberlo destruido todo, se destruye á sí mismo, se da la muerte; y, según las expresiones por las cuales se ha pintado á sí mismo un escritor tristemente célebre, es la razón que queda, « como un simulacro vacío, entre las « ruinas del pasado y las tinieblas del porvenir, para indicar á las inteligencias desafectas á la vida, la senda de la « nada. »

Así, al prometer explicarlo todo por la razón, los panteístas, como lo confiesa uno de ellos, no han hecho mas que dar origen á nuevos misterios, y volver completamente inexplicables el origen del mundo y del hombre (1). Ciegos y guías de ciegos, *cæci et duces cæcorum*, como dice el Evangelio, se han descarriado, se han perdido á sí mismos, y al mismo tiempo, han descarriado y perdido los desventurados que tuvieron la desgracia de confiarse á ellos.

Mas no hay que sorprenderse al ver estos funestos resultados de sus trabajos. Habiendo perdido la vida de la fe, sus inteligencias son cadáveres galvanizados que tuercen convulsos el rostro sin poder hablar, y se agitan sin poder marchar en las tinieblas de un sepulcro.

Pero no desesperéis, hermanos descarriados, de regresar á la vida. Comenzad por humillaros, por morir al orgullo que os hizo morir á la fe. Abrazad la fe, de la cual, según San Ambrosio, era imágen el féretro del joven del Evangelio; pues solo apoyándose en este divino modelo, podrán resucitar los muertos á la vida. Después orad, mientras que por vosotros también oran la Iglesia figurada en la viuda de Naim, y todas estas almas verdaderamente cristianas, estos verdaderos hijos de la Iglesia que veis aquí; y no dudeis que á vosotros igualmente hará oír el Salvador del mundo esta poderosa palabra: Joven, os mando que os levanteis: *Adolescens, tibi dico surge.* » Entonces volvereis á la vida, y sentados, esto es, lle-

(1) « Las cuestiones de origen y de fin son insolubles, y nos hallamos entre dos ministerios (PIERRE LEROUX, *De la Doctrina del progreso continuo.*).

nos de calma, tranquilidad y dicha en medio de los fieles, hablareis como hombres, como ángeles, de Dios, de la religion, de la piedad, que hasta aquí habeis desconocido y blasfemado: *Et resedit qui fuerat mortuus, et cepit loqui*; pues habla bien de cosas tan augustas el que bien cree: *Credidi propter quod locutus sum*. Volvereis al seno de vuestra madre la Iglesia que con tanto amor, lágrimas y oraciones os reclama: *Et dedit illum matri suæ*; consolareis esta Iglesia augusta que habeis afligido; edificaréis vuestros hermanos, los verdaderos fieles, tanto como los habeis escandalizado; y, viviendo como ellos y con ellos de la vida de la fe y de la gracia en esta tierra, vivireis para siempre como ellos y con ellos, en la vida de la gloria del cielo. Así sea.

**Nota A (Pag. 118.)**

« Cuando, en el silencio y meditacion, se eleva el espíritu del hombre á la noción de las ideas eternas y necesarias, inmutables y universales; cuando percibe la verdad; cuando ve al mismo Dios: si entra en sí mismo después de haber gozado de tan magnífica luz, si se pregunta á sí mismo, ¿qué debe pensar de su propia naturaleza? Ser de un dia, móvil, mudable, sombra del ser, reconocerá sin duda que no ha podido sacar de sí mismo esa grande idea de la verdad; reconocerá con gratitud que esta idea ha venido á encontrarlo, que ha caído en su inteligencia como el rayo del sol en el órgano de la vision; reconocerá que esta admirable luz le ha sido dada, le ha sido revelada.

« Tomamos aquí la palabra *revelacion* en su sentido mas ancho. Creemos que las ideas y la palabra han sido reveladas al hombre. Es la revelacion á que alude San Juan, que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo, y que es la fuente verdadera de la razon. Esta revelacion primitiva y natural, se halla en armonía perfecta con la enseñanza que representa la religion como oriunda de una revelacion, y conservándose y manifestándose se progresivamente por la revelacion; así hay revelacion en el orden natural como la hay en el orden sobrenatural; hay verdades naturales y verdades sobrenaturales que proceden todas de Dios. Las primeras forman el dominio de la razon natural, las segundas de la fe divina.

« Y no hay que decir que el hombre descubre, en el orden natural, leyes inmutables sin necesidad de una revelacion divina; no, ni aun en el orden físico, sería capaz el hombre de reconocer leyes inmutables, si no tuviese anteriormente la idea de la inmutabilidad, idea que deriva de la revelacion divina; si bien esta revelacion divina, origen de la verdad, está hecha para los hombres, y á los hombres se dirige. Por consiguiente es necesario que revista un lenguaje humano, y se lije en fórmulas necesarias; y entonces la verdad divina se volverá dogma divino. Esta verdad no existe solamente en un generacion, sino se dirige á todas las generaciones y á la sociedad entera, y debe perpetuarse con la sociedad. Así la verdad llegará á ser una tradicion social, y, en exterioridad, deberá conservar siem-

pre su naturaleza divina, y llevar el sello de su celestial origen. La tradicion divina, el dogma divino, tendrán, como la idea divina misma, el triple carácter de unidad, perpetuidad y universalidad.

« Este principio es de un rigor metafísico evidente, pues es evidente que la verdad metafísica, examinada en el lenguaje humano, si llega á ser un dogma y una tradicion, está hecha para todos los hombres, se dirige á todos los hombres, sin distincion de tiempo ni lugar; y en este sentido es igualmente universal. Por lo que toca al ministerio á cuyo cargo esta el enseñar la verdad, ha pasado por las fases de las edades de la humanidad. Pero la verdad ha tenido siempre sobre la tierra un órgano exterior. La Iglesia cristiana ha sucedido á la Iglesia mosaica y á la Iglesia patriarcal.

« No obstante, confiados al hombre (los dogmas), ¿cuál será su suerte? ¿qué llegará á ser del dogma inmutable é invariable bajo la débil razon del hombre, del dogma eterno y universal abandonado al hombre, cuya vida es tan corta, cuya existencia es de un dia? La verdad será destruida, á lo menos en su exterioridad, en su expresion social, si Dios no asiste á la criatura humana, al ministerio, á la sociedad á quien habia confiado el depósito de la verdad. Ahora bien, el catolicismo nos asegura que Dios no ha faltado á su obra, que no se ha faltado á sí mismo; el catolicismo nos asegura y nos lo prueba. Bien se ve con qué rigor todas las bases de la constitucion de la Iglesia católica se deducen de la noción de una verdad divina.

« Mientras conservaban los santos patriarcas hebreos, como la mas preciosa herencia y como la esperanza del género humano, la noción de la unidad de Dios, el dogma de la creacion; precipitándose los hombres en el amor del mundo exterior, olvidaban y alteraban las verdades primitivamente reveladas. » *Ensayo sobre el Panteismo*, pág. 98-100; Paris, en casa de Fulgence, 1841.)

« Los Griegos no tenían mas apoyo que las tradiciones erróneas del Oriente, y así no es de extrañar que hallase su pensamiento insuperables dificultades para explicarse el origen de las cosas. A todos los sistemas recurrieron, salvo el verdadero; jamas consiguieron esos filósofos llegar á poseer una idea fuera de Dios, que nunca lograron separar enteramente de la materia. Cuando esta no predomina, aparece siempre, en las doctrinas griegas como no criada y como eterna; y el mismo genio de Platon nunca pudo traspasar este círculo fatal trazado en torno de la razon descarriada. Solo el cristianismo podía hacer brillar en toda su pureza y fulgor esa grande noción de la Divinidad (pág. 125).

« Antes de dejar la filosofia griega, observaremos cuán oscura, incompleta y confusa era la noción de Dios entre los mayores filósofos. Aristóteles no concebía á la Divinidad, sino como un primer motor del mundo; y Platon, de todos los filósofos antiguos, el que mas se acerca de la verdad, ¿á admitir un dualismo primitivo, podía tener una idea clara de la creacion? Tan débil y vacilante es la razon humana, cuando se halla desprovista del apoyo de las tradiciones divinas (pág. 133).

**Nota B (Pag. 131).**

**DOS SOFISMAS DE SPINOSA Y DE SUS PLAGIARIOS.**

Todo el impío sistema de Spinoza y de los que en nuestros dias lo han renovado, estriba en dos sofismas. El primero es este: « Entendiendo por

«sustancia, dice Spinoza, lo que es en sí mismo, lo que por sí mismo subsiste, lo que solo puede concebirse por sí mismo; á saber aquello cuya noción no exige otra noción para ser formado, siguese que ninguna sustancia puede ser producida; pues, si así fuese, el conocimiento de esta sustancia producida debería depender del conocimiento de su causa, y consiguientemente cesaría de ser sustancia.» (Etu, par. Defn. 5, Corol., prop 6 et passim).

Como bien se nota, empieza Spinoza por establecer como cierto lo que es evidentemente falso; que toda sustancia es un ser *en sí*, un ser *por sí*, un ser que no se puede concebir sino por *sí mismo*, que tiene en sí mismo su principio, la razón de su ser, así como la idea por la cual puede ser conocido. Aleja de la noción de la sustancia toda relación á una causa que la produzca y pueda darla á conocer, y pone entre las notas de la sustancia la de ser improducta. Así atribuye á esta los caracteres esenciales de Dios; de ella hace un Dios, y de este modo le es fácil probar que Dios no puede criar la sustancia; que no existe otra sustancia fuera de la de Dios; pues es manifiesto que Dios no puede criar á Dios. Tal es el gran razonamiento de Spinoza, que llaman los lógicos *sofisma por petición de principio*.

La sustancia, según la verdadera ontología, es la que es, *sin tener necesidad de otra cosa en la cual pueda apoyarse como sobre su sostén* ó sobre su sujeto: *Substantia est res cui conveniat esse non in subiecto*, dice Santo Tomas. (CONTR. GENT., lib. I, c. 25.) Así diversas balas de hierro, de mármol ó de madera, no necesitan de otras balas de la misma materia para apoyarse en ellas como sobre sus sostenes ó sus sujetos, para ser lo que son; pues son en sí mismas, son *sustancias*. Pero sus colores, sus formas, sus calidades, todo lo cual es llamado *accidentes* solo existen en ellas, mientras que ellas solo existen en *sí mismas*. Tal es lo que distingue los *accidentes* de la *sustancia*; esto es, que la sustancia no tiene necesidad de un *sujeto*, sino existe por sí misma; mientras que los *accidentes*, como la blancura y la redondez, no existen ni existir pueden *en sí mismos*, sino solamente en el sujeto que es la sustancia.

Tal es la verdadera noción de la sustancia que no excluye, como es fácil de ver, la necesidad de una *causa creatriz* que le de existencia. Es verdad que San Pablo dice: Todas las cosas están en Dios: *Omnia in ipso sunt*. Pero es porque toda sustancia criada no puede conservar su ser sino por la causa continua de la causa primera, que se lo dió por primera vez; y en este sentido nada es mas cierto que el decir que todos los seres *están* en Dios. Pero *están* en Dios como en el principio criador y conservador de su ser, y no como en su *sostén* ó en su *sujeto*. Así, al paso que conservan, mediante la acción divina continuada, su ser, existen *por sí mismos* con respecto á los demás seres criados; tienen un ser que les es propio, son ellos mismos, lo que los constituye sustancias verdaderas criadas por Dios, y no meros atributos, calidades, *accidentes*, modificaciones, transformaciones, partículas de la *sustancia única de Dios*.

Leibnitz censuraba á Descartes «de haber, por su falsa y peligrosa definición de la sustancia, dado á Spinoza la base sobre la cual este filósofo, como el mismo se jacta, ha construido su edificio panteístico.» Pero esta recriminación del Platon del norte al Platon del mediodía, carece de todo fundamento. No pretendo hacer aquí el elogio de la filosofía de Descartes, ni tampoco contradecir á tantos filósofos imparciales que han probado que esta filosofía, contra las intenciones de su autor, ha tenido desgraciadamente grande afinidad con las doctrinas panteísticas. Pero, como quiero ser justo, debo decir que la definición cartesiana de la sustancia, nada tiene que huelga á *panteísmo*. Al establecer Descartes que la sustancia es lo que no tiene necesidad de otra cosa para existir, habla poco mas ó menos como los esco-

lásticos; pues, como él mismo se explica, no quiere decir que la sustancia no tenga necesidad de otra cosa como *causa y principio de su ser*; sino que la sustancia no tiene necesidad de otra cosa como *sujeto y sosten de este mismo ser*.

La definición de la sustancia por Leibnitz, que pretendió este filósofo substituir á la de Descartes, si es que es *falsa* y aun *peligrosa*; porque, habiendo definido la sustancia «todo lo que tiene fuerza;» y, habiendo dicho que toda fuerza es sustancia y toda sustancia fuerza, Leibnitz ha *suministrado* á los materialistas y panteístas alemanes que le han sucedido, la *base* de sus sistemas subversivos de toda filosofía; pues, si «la sustancia no es sino lo que tiene fuerza,» una de dos resulta: ó la fuerza y por consiguiente el movimiento son esenciales á toda sustancial material, y resulta que lo es asimismo á la misma materia; y tenemos el *ATEÍSMO*, esto es, el sistema que admite que el mundo se ha formado á sí mismo por el movimiento esencial de la materia; ó bien hay que admitir que los numerosos seres que existen, enteramente *inertes y desprovistos de fuerza*, no son *sustancias*, sino modificaciones, *accidentes*, apariencias de una sustancia única; y entonces resulta el *PANTEISMO*.

Nuevo caso es este que prueba que *todas* las definiciones *nuevas*, por las cuales la razón filosófica moderna ha querido suplantar á las definiciones de la filosofía escolástica, carecen de sentido comun, son necias, tontas, ridiculas, cuando no *falsas y peligrosas*.

El segundo sofisma por el cual Spinoza y sus sectarios han establecido el panteísmo se halla formulado en estos términos por el filósofo judío: «La producción de una sustancia por otra repugna, pues, ó la sustancia producida conserva los atributos de la materia productora, ó tiene atributos diferentes. En el primer caso, no serian distintas ambas sustancias, y por consiguiente no serian mas que una sola. En el segundo caso, una de estas dos sustancias no puede haber sido producida por otra, pues no se puede concebir una sustancia producida con atributos y naturaleza diferentes, atributos y naturaleza que, por consiguiente, no existirian en la sustancia productora.» (Véase COMPENDIO DE FILOSOFÍA de Juilly.)

Tal así discurre Spinoza, pero el taimado sofista ignoraba, ó fingía ignorar el principio lógico que la diferencia de los seres resulta, no solamente de la diferencia de su naturaleza y de sus *atributos*, sino tambien de las *proporciones* de los *modos* diferentes en los cuales poseen estos mismos atributos y esta misma naturaleza, y que tal manera de diferir es tan verdadera y tan real como la primera. Todos los hombres tienen la misma naturaleza humana, y los mismos atributos esenciales á esta misma naturaleza. Pero no todos participan de estos atributos y de esta naturaleza, del mismo modo con respecto al alma ni con respecto al cuerpo; lo que hace que un hombre sea completamente diferente de otro.

Dios, sustancia no criada, posee en sí mismo y de un *modo* superior, espiritual, perfecto é infinito, las calidades, los atributos que confiere á las sustancias criadas de un modo finito, y por consiguiente necesariamente imperfecto. Resulta pues que todo lo que ofrecen las criaturas de un modo mas ó menos perfecto, si bien siempre finito, se halla de un modo eminentemente espiritualmente en Dios; de un modo perfecto é infinito. Las almas humanas son seres simples, espirituales, inteligentes, libres como Dios, si bien no *tanto y del mismo modo* que Dios, que es espíritu infinito y perfecto; mientras que las almas humanas son espíritus imperfectos, por el hecho mismo de ser finitos. Así hay una distancia infinita entre Dios y las almas, si bien ambos poseen los mismos atributos. Lo mismo sucede con las demás criaturas. Dios existe, y todas las criaturas por el hecho mismo que existen, tambien son; pero no como Dios y tanto como Dios; pues son *por Dios*,

mientras que Dios es *por sí mismo*; tienen un ser material, limitado, incompleto; mientras que Dios posee un ser espiritual, sin límites, completo, en una palabra, es todo el ser, dispensador del ser en las condiciones y la medida que le place. Tal es otra diferencia infinita entre Dios y las criaturas que tienen también un ser. Luego no es cierto que *sustancias que poseen los mismos atributos no sean distintas, y no sean más que una sola y misma sustancia*, cuando no poseen estos atributos del mismo modo y con la misma perfección; y no es cierto que *repugne la producción de una sustancia finita por la virtud infinita de Dios*. El dilema de Spinoza no pasa de un miserable sofisma, y su conclusión una rastrera impiedad.

Ahora bien, los panteístas de nuestros días, alemanes y franceses, habiéndose ceñido á copiar á Spinoza, á constituirse ecos de Spinoza, hacen en lo concerniente á la sustancia, razonamientos de la misma fuerza, con no menos descaro y con la misma lógica rigurosa. ¡Qué lástima que tan insignes profesores de filosofía, en universidades célebres, se hallen reducidos á necesitar, y de un modo urgente, el recorrer la lógica de Wolf ó de Port-Royal!

## CONFERENCIA DÉCIMACUARTA.

CONTINUACION DE LOS ATAQUES CONTRA EL DOGMA DE LA CREACION.

### EL ATOMISMO.

*Fides tua te salvam fecit.* — Tu fe te ha salvado.

(Evangelio del día.)

1. Así no debe sorprendernos que María-Magdalena hubiese mucho amado, *dilexit multum*; no debe sorprendernos que muchos pecados le hayan sido perdonados: *Remittuntur ei peccata multa*, porque mucho creyó; de modo que solo por la fe se salvó: *Fides tua salvam fecit*.

En efecto, hermanos míos, una gran fe, al inspirarnos un grande amor de Dios, nos impele á la práctica de toda virtud, atrae en nosotros toda especie de gracias, toda especie de recompensas; y como nos lo dice en el Evangelio el Hijo de Dios vivo, la fe es la que acaba y consuma nuestra salvación: *Qui crediderit salvus erit.* (Marc., 16.)

Por la razón opuesta la incredulidad, inspirándonos un odio secreto de Dios, nos impele á toda especie de devaneos y desórdenes, atrae en nuestras cabezas toda especie de castigo, y, como nos lo asegura el mismo Jesucristo, ella es la que consuma nuestra perdición: *Qui vero non crediderit, condemnabitur.* (Ibid.)

Ahora bien, entre los castigos que trae consigo la incredulidad, uno de los mayores y más horribles es esa ceguedad sobrenatural, esas profundas tinieblas en que se precipita todo espíritu que no cree, en medio de las cuales se fija con una especie de rabia y furor, y adhiere á toda especie de errores, antes que aceptar la verdad.